

CAPÍTULO DECIMOSEGUNDO

LOS EPISODIOS HISTÓRICOS MEXICANOS DE OLAVARRÍA Y FERRARI: LA NOVELA HISTÓRICA Y LOS INDIOS INSURGENTES

María José GARRIDO ASPERÓ*

SUMARIO: I. *Introducción*. II. *Enrique de Olavarría y Ferrari*. III. *Los indios de México a finales del siglo XIX según Enrique de Olavarría y Ferrari*. IV. *Los episodios históricos mexicanos y la participación indígena en la guerra de Independencia*. V. *Algo más sobre los indios durante la guerra de Independencia*. VI. *Consideraciones finales*.

I. INTRODUCCIÓN

El distinto entendimiento de lo histórico y de la valoración positiva del pasado en el presente y futuro de las sociedades propició que la historia fuera apreciada en el siglo XIX como nunca antes lo había sido.

El desplazamiento paulatino de interpretaciones no necesaria o únicamente cristianas como explicación del decurso histórico por sistemas cada vez más mundanos en los que el hombre retomaba su posición de hacedor y constructor de la sociedad, y las revoluciones decimonónicas que, en no pocos casos, derivaron en la formación de los nuevos estados liberales y en el sentimiento de unidad nacional —condición del progreso de estos estados— propiciaron el cambio en el sistema de valores ordenadores del mundo occidental.

De lo mágico y sobrenatural a lo racional, del fiel al ciudadano, del reino de los cielos a la patria, de la historia prescrita por Dios a la historia

* Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora. Dedico este trabajo a Pedro.

como responsabilidad y voluntad de los hombres. Del santo, como símbolo de identidad, modelo de conducta y voz cantante de la historia, al héroe nacional. De las virtudes cristianas a las virtudes ciudadanas. Del culto a Dios al culto a la nación. De la historia como historia de la “salvación” a la historia como progreso del espíritu humano.

La preocupación por el pasado dio lugar a una producción abundante de trabajos históricos durante el siglo XIX. Se retomaron períodos y temas antes desechados por la historiografía, se discutieron los recursos metodológicos y se elaboraron teorías para fundar el conocimiento histórico y, en general, el de las llamadas entonces ciencias del espíritu.

En México, como en otras partes del mundo occidental, la historia fue pensada como uno de los medios más útiles para llevar a cabo la anhelada unidad nacional. El conocimiento popular del pasado común, la exaltación de ciertos momentos y personajes, serían los mecanismos a través de los cuales se crearían una conciencia y un sentimiento nacionales, que unificarían e identificarían a los ciudadanos del nuevo Estado.

El siglo XIX fue también el del encuentro de la historia con la novela. Este género se convirtió en uno de los medios más adecuados para difundir los valores necesarios para la construcción o el fortalecimiento de los Estados nacionales. La cantidad de producciones de este tipo revela cómo se popularizó el conocimiento histórico.

En México, el esfuerzo más representativo para construir una literatura nacionalista fue el que protagonizó Ignacio Manuel Altamirano en torno al grupo *El Renacimiento*. La novela histórica mexicana decimonónica privilegió los temas coloniales; la guerra de Independencia, extensamente tratada por la historiografía, fue recogida por la novela romántica y nacionalista a mediados del siglo.

Juan Díaz Covarrubias publicó en 1858 *Gil Gómez el insurgente o la hija del médico*. Ésta es la primera narración novelada que justifica y defiende la guerra de Independencia, y la primera novela romántica que pretende contar en episodios la historia de México: la obra de Díaz Covarrubias, impregnada de un exaltado tono patriótico, muestra las hazañas del héroe Gil Gómez como soldado de las huestes del cura Hidalgo, y fue proyectada como el principio de una serie que habría de culminar con la invasión norteamericana de nuestro país.¹

1 El padre de Juan Díaz Covarrubias combatió a los realistas bajo las órdenes de Miguel Hidalgo. Seguramente la experiencia paterna inspiró su novela, que fue considerada la mejor novela mexicana hasta la fecha de su publicación por el crítico Ralph E. Warner. Trata del romance entre Fernando

El madrileño Enrique de Olavarría y Ferrari fue el primero en novelar episódicamente la historia de la guerra de Independencia de México, más de dos décadas después de que lo intentara el “mártir de Tacubaya”. En este ensayo se analizará la interpretación que don Enrique hizo de la participación indígena en la guerra de Independencia. En lo absoluto se pretende dar una explicación personal del comportamiento de los indios durante la revolución emancipadora usando como fuente esta novela. Nos limitamos a compartir con ustedes esta imagen novelada de los indios insurgentes.

II. ENRIQUE DE OLAVARRÍA Y FERRARI²

En diciembre de 1865 arribó Olavarría y Ferrari a la capital del segundo Imperio Mexicano. Tenía entonces veintinueve años, un bachillerato en artes y una licenciatura en derecho. Posiblemente venía a trabajar como dependiente del Banco de España, institución donde meses antes había ganado un empleo por oposición.

Amante de las letras y la historia, se incorporó a los círculos intelectuales del país para dedicarse a lo que, según sus amigos Anselmo de la Portilla y Juan de Dios de la Peza, era su verdadera pasión: la literatura. Su compatriota, el periodista De la Portilla, lo introdujo en los círculos literarios y publicó sus poesías en *La Iberia*, periódico fundado por él en el que insistía en la confraternidad hispanoamericana y publicaba, en forma de folletín, obras sobre historia de México.

Con el triunfo de la República, y coherentemente con sus convicciones liberales, don Enrique se incorporó al grupo *El Renacimiento* que, gracias a los afanes conciliadores de Ignacio Manuel Altamirano, incluyó

y la “pálida” hija del médico, y de las aventuras del hermano adoptivo de Fernando, Gil Gómez, que sigue y narra como testigo ocular la tragedia de Hidalgo. Juan Díaz murió fusilado por el general Leonardo Márquez durante la guerra de Reforma. Es uno de los “mártires de Tacubaya”. Otras novelas sobre la insurgencia publicadas entre ésta y la de Enrique de Olavarría y Ferrari fueron *Sacerdote y Caudillo* y *Los insurgentes* (1869), de Juan A. Mateos, y *El paladín extranjero* (1871), de Jesús Echaiz. Cfr. *Diccionario de Escritores Mexicanos*, México, UNAM, Centro de Estudios Literarios, 1967, p. 97.

² Los pocos datos sobre la biografía de Olavarría y Ferrari se han tomado del prólogo de Salvador Novo a la obra del autor: *Reseña Histórica del Teatro en México, 1538-1911*, México, Porrúa, 1961; del prólogo de Álvaro Matute a los *Episodios históricos mexicanos* (edición facsimilar), México, Instituto Cultural Helénico-Fondo de Cultura Económica, 1987, y de González Peña, Carlos, *Historia de la Literatura Mexicana, desde los orígenes hasta nuestros días*, México, Porrúa, 1981.

al lado de los liberales mexicanos Manuel Payno, Justo Sierra y Manuel Acuña, entre otros, al español Olavarría y a destacados literatos conservadores como José María Roa Bárcenas. En este grupo comenzó Enrique de Olavarría y Ferrari la primera fase de su obra literaria con la publicación, en 1868, de la novela *El tálamo y la horca*. La dedicó a Altamirano, por quien sentía un profundo respeto y agradecimiento, según lo expresó él mismo en el prólogo de ésta, su primera novela.

También en esas páginas expresó su agradecimiento al “pueblo grande y hospitalario que [lo] recibió con cariño”, y pidió al público lector que recibiera con benignidad este su primer ensayo, susceptible de provocar aprehensiones por la nacionalidad española de su autor: “no por eso a prevención lo tenga, pues si honra es para él tener por cuna el pueblo libre de Numancia y Zaragoza, a medias dividió su corazón con esta tierra de bendición y progreso, cuyas bellas le enamoran, cuyas flores le embriagan, cuyo porvenir le admira”.³

En 1872 se casó con la mexicana Matilde Landázuri, hija del prologoísta de sus poesías. Tuvieron varios hijos. Entre 1874 y 1876 viajó por España, Bélgica, Francia y Alemania. Fue nombrado por el gobierno mexicano comisario oficial en los archivos de Indias de Sevilla y General de Simancas. Al regresar a México, en 1877, trabajó como administrador del antiguo colegio de San Ignacio de Loyola, mejor conocido como de las Vizcaínas, al que dedicó la *Reseña histórica del colegio de San Ignacio* publicada en 1889. Nacionalizado mexicano, Porfirio Díaz le otorgó una diputación en el Congreso nacional. Durante la Revolución se dedicó a continuar la historia del que fuera uno de sus más importantes temas de estudio, el teatro en México. Murió en la capital del país en 1918.

A pesar de que, hasta el momento, la vida y obra de Enrique de Olavarría y Ferrari han carecido de la atención de historiadores y literatos y que son pocos los datos que sobre él tenemos, podemos suponer que dedicó su vida a sus grandes pasiones —la historia, la literatura y la educación en México—, que cultivó desde las letras y las aulas, sin olvidar nunca su lejana y querida tierra natal.

Su obra incluye, además de los treinta y dos títulos que él mismo clasificó bajo los rubros de a) novelas, tradiciones y leyendas, b) comedias y dramas, c) obras históricas y d) obras varias, colaboraciones en los perió-

³ Olavarría y Ferrari, Enrique de, *El tálamo y la horca*, México, F. Díaz de León y Santiago, 1868, p. I.

dicos *La Iberia*, *El Siglo XIX*, *El Constitucional*, *El Globo*, *El Correo de México*, *La Revista Universal*, *El Federalista*. También fundó y dirigió publicaciones como *La Niñez Ilustrada*, *La Ilustración de la Infancia*, y *Lo del Domingo*.⁴

De todos esos títulos destacan los que incluyó bajo el tema de obras históricas y algunos más de las obras varias. Vale la pena resaltar *Crónicas del undécimo Congreso Internacional de Americanistas*; *México. Apuntes de un viaje por los estados de la República Mexicana*; *Reseña histórica de la Sociedad de Geografía y Estadística*, y la ya mencionada *Reseña histórica del colegio de San Ignacio*.

Sin duda alguna, entre sus obras más importantes figura la *Reseña histórica del teatro en México*, que es hoy una obra clásica y de ineludible consulta para todo aquél que se interese por el tema. Escribió la primera parte entre 1895 y 1896; la retomó al final de su vida, y de 1902 en adelante completó la historia del teatro hasta el año de 1911.

Muy notable es el tomo IV de *México a través de los siglos*, dedicado al México independiente. Como señala Álvaro Matute, esta obra fue la primera en elegir los límites cronológicos de 1821 a 1854, de la consumación de la Independencia a la revolución de Ayutla, y Olavarría, el primer historiador en ocuparse de este período.

Azarosa fue su participación en el proyecto de *México a través de los siglos*. Tras declinar la primera invitación que se le dirigiera, quedó el tomo IV bajo la responsabilidad de Juan de Dios Arias. Al morir éste, cuando se habían entregado los primeros quince capítulos, los editores consideraron que don Enrique, que “conoce nuestra historia y la sabe ex-

4 Clasificación de la obra de Enrique de Olavarría y Ferrari incluida en la *Reseña histórica de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística*: a) Novelas, tradiciones y leyendas: *El tálamo y la horca* (1868), *Venganza y remordimiento* (1869), *Lágrimas y sonrisas* (1870), *La Virgen del Tepeyac* (1883-1884), *La Madre de Dios en México* (1888), *El caballero pobre* (traducción de 1894) y varias novelas cortas; b) comedias y dramas: *El jorobado* (1867), *Los misioneros del amor* (1868), *Loa patriótica* (1869), *La cadena de diamante* (1879), *La Venus negra* (1880) y *El taller del platero* (inédito); c) obras históricas: *Episodios históricos mexicanos*, primera serie (1880-1883), *Episodios históricos mexicanos*, segunda serie (1886), *Historia de México independiente*, tomo IV de *México a través de los siglos* (1888) e *Historia popular de México, desde la conquista hasta nuestros días* (inédita); d) obras varias: *Ensayos poéticos* (1871), *Lo del domingo*, revista de teatros (1872), *Historia del teatro español* (1872), *La niñez ilustrada, periódico infantil* (1873-1874), *El arte literario en México* (1877 y 1878), *Poesías líricas mexicanas* (1878), *La ilustración de la infancia* (1880), *Reseña histórica del colegio de San Ignacio* (1889), *Reseña histórica del teatro en México* (1895-1896), *Crónica del undécimo Congreso Internacional de Americanistas* (1896), *México. Apuntes de un viaje por los estados de la República Mexicana* (1898), *Guía metódica para el estudio de la lectura superior* (1897), *Curso elemental de lectura superior y recitación* (1898) y *Reseña histórica de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística* (1901).

plicar porque la ha meditado y comprendido”, era el más indicado para continuar la obra. Para esas fechas había terminado ya los *Episodios* que abarcan buena parte del período cronológico del tomo IV.⁵

Para don Enrique, autor de casi todo el tomo, constituyó un timbre de honor participar en el magno proyecto historiográfico mexicano del siglo XIX. En sus conclusiones incluyó, como siempre, el reconocimiento a México: “si, por acaso, algún premio mereciere mi libro, y me es permitido indicarlo sea el de reconocer cuánto y cuán de veras amo a México, mi patria del alma y la patria de mis hijos”.⁶

Por último hay que destacar la trascendencia de los *Episodios históricos mexicanos*, de los que nos ocuparemos más adelante. Baste mencionar, para abrir boca, que —como señala Álvaro Matute— ésta fue de toda su obra la que, pese al género literario utilizado, acusa un mayor esfuerzo hermenéutico.

Terminamos señalando que la otra actividad en que se destacó el autor fue la docencia. Dio clases de literatura en el Conservatorio de Música; de declamación, geografía e historia universal y de México en la Escuela de Artes y Oficios para señoritas; de aritmética y álgebra en la Escuela Normal Municipal. Además escribió algunos libros sobre educación, como la *Guía metódica para el estudio de la lectura superior* y el *Curso elemental de lectura superior y recitación*, y los periódicos literarios para niños antes mencionados.

III. LOS INDIOS DE MÉXICO A FINALES DEL SIGLO XIX SEGÚN ENRIQUE DE OLAVARRÍA Y FERRARI

Antes de analizar la versión de Enrique de Olavarría y Ferrari sobre el tema de los indios en la guerra de Independencia, conviene revisar la opinión que de ese sector de la sociedad mexicana tenía el autor cuando el siglo XIX se dirigía hacia su fin.

En *México. Apuntes de un viaje por los estados de la República Mexicana*, publicado en 1898, Olavarría y Ferrari —sin abandonar el género

⁵ Cfr. prólogo de Álvaro Matute a Olavarría y Ferrari, Enrique de, *Episodios históricos mexicanos*, vol. I, p. IX.

⁶ Riva Palacio, Vicente *et al.*, *México a través de los siglos. Historia general y completa del desenvolvimiento social, político, religioso, militar, científico y literario de México desde la Antigüedad más remota hasta la época actual. Obra única en su género publicada bajo la dirección del general...*, t. IV: *México independiente 1821-1855 escrita por D. Enrique Olavarría y Ferrari*, México, Cumbre, 1962, p. 860.

de la novela— se sirve de las impresiones y comentarios de Darío Néguer y Varela, agente de la casa editorial de Antonio J. Bastinos, que viajó desde Barcelona a México para abastecer las demandas editoriales del sector educativo mexicano. Durante la travesía y estancia en el país, el catalán conoció a Julio Zárate, Ezequiel Chávez y Antonio García Cubas. Las conversaciones de éstos con el autor, alimentadas por las pláticas que habían sostenido con Bastinos, procuraron a Olavarría y Ferrari los elementos necesarios para un análisis general de México a fines del siglo XIX y para expresar sus propias opiniones sobre los indios en el país.

Después de reseñar las características geográficas del territorio, las actividades económicas principales, el comercio interior y exterior, el sistema de comunicaciones y transportes, la organización política, la situación social y, tras relatar algunos pasajes históricos, Olavarría dedica varias páginas a la población y a la descripción general de los indios mexicanos. Señala los grupos étnicos dispersos en el territorio nacional, su ubicación espacial, su representación proporcional en relación con la población blanca, su ocupación, sus características físicas y los que a su juicio, eran los rasgos del carácter de cada étnia. De los doce millones de habitantes con que contaba México en el año de 1898, calcula que —aproximadamente— la tercera parte pertenecía a la raza indígena, una quinta parte del total a la raza blanca y el resto a la mezcla de ambas. Los indios, escribe, habitaban fuera de las ciudades; trabajaban principalmente en las minas, en el campo y en la producción de tejidos de algodón, cestos, alfarería, sombreros, mantequillas, quesos y otros artículos que vendían en las grandes poblaciones o en los tianguis indígenas.

Menciona que los grupos étnicos más significativos eran entonces los aztecas, los tarascos, los otomíes, los mayos, los mixtecos y los zapotecos y los “adelantadísimos mayas”. Existían “aún” otros menos importantes, dispersos por todo el territorio, como los zempoaltecas, los chontales y otros muchos “casi salvajes que lentamente van desapareciendo”. En el norte, habitaban los yaquis, mayos, ópatas, pimas, pápagos, mogollones y los apaches.⁷ Aunque consideraba que cada grupo tenía características físicas y de carácter particulares, los describió en general como “hombres de color atezado, de estatura mediana, de complexión recia, pómulos salientes, barba escasa y cabellos negros y lacios”. Algunos le sorprendían

7 Cfr. Olavarría y Ferrari, Enrique de, *México. Apuntes de un viaje por los estados de la República Mexicana*, Barcelona, Librería de Antonio J. Bastinos, 1898, pp. 34-38.

agradablemente por su limpieza y otros, por el contrario, por desarreglados, sucios y “degenerados”. Eran en ellos generales “la desconfianza, la simulación, la astucia y la pertinacia, pero difieren notablemente en cuanto a condición, docilidad y civilización”. El indio era también “valiente, denodado y sufrido, diestro cazador, intrépido soldado”.⁸ Las etnias más despreciadas por Olavarría eran los grupos indígenas del norte: los apaches y comanches que, desprendiéndose de las reservas americanas, invadían el territorio mexicano, infestando los estados fronterizos, destruyendo, matando e impidiendo el desarrollo del norte del país. En ellos, afirma, “la barbarie se halla en toda su plenitud, la perfidia, la traición y la crueldad son las condiciones de su carácter”.⁹

Pese a que en este texto el autor reconoce la existencia de algunas virtudes indígenas, aconseja que desde el gobierno se promueva su civilización mezclándolos con los otros habitantes, para facilitar el progreso de la nación: proyecto difícil de lograr, pero no imposible, pues “los individuos, y no pocos, de esa raza, que por su ilustración se han asimilado a los de la blanca, se han hecho notables en las profesiones que han adoptado, particularmente en el foro y en el sacerdocio, demostrando que son susceptibles, como el que más, de un alto grado de civilización”.¹⁰

IV. LOS EPISODIOS HISTÓRICOS MEXICANOS Y LA PARTICIPACIÓN INDÍGENA EN LA GUERRA DE INDEPENDENCIA

1. *Los Episodios*

Los *Episodios históricos mexicanos* son dos series de novelas de dieciocho capítulos cada una publicadas originalmente por entregas: la primera, entre 1880 y 1883, y la segunda en 1886. A la manera de como lo hiciera Benito Pérez Galdós, y prefigurando los más exitosos *Episodios*, los de Victoriano Salado Álvarez, Olavarría y Ferrari cuenta noveladamente la historia de México entre 1808 y 1838.

La primera serie, de la que nos ocupamos aquí, narra la guerra de Independencia desde los desajustes provocados por la invasión napoleónica de la península Ibérica y la prisión de Fernando VII en 1808, hasta el es-

8 *Ibidem*, p. 38.

9 *Idem*.

10 *Idem*.

tablecimiento de la República federal y el fusilamiento del que fuera primer emperador mexicano, Agustín I, en 1824.

La segunda serie continúa la historia de México y concluye con la reinhumación y traslado de los restos de Agustín de Iturbide desde Tamaulipas a la catedral de la ciudad de México donde reposaban, desde 1823, los despojos de los héroes insurgentes, y la firma del tratado de paz de Santa María Calatrava por el que España reconoció la Independencia de la que alguna vez había sido su colonia más rica.

Los acontecimientos simbólicos con los que terminan las series reflejan las grandes preocupaciones del historiador-novelistas español, después nacionalizado mexicano: la rivalidad criollo-peninsular, el divorcio entre México y España, las contradicciones que advirtió en la forma en que se consumó la Independencia, y el sacrificio innecesario del que antes de caer en desgracia había sido proclamado como el libertador, Agustín de Iturbide. Esas lacras fueron consideradas por el autor de los *Episodios* como el origen de la rivalidad entre los grupos políticos posrevolucionarios que, con proyectos nacionales enfrentados entre sí, prolongaron el estado de guerra y la inestabilidad política, económica y social en el México independiente.

Las dos series de los *Episodios históricos mexicanos* fueron dedicadas a la memoria de Enrique de Olavarría y Landázuri, hijo del autor, que murió a la edad de ocho años. La serie primera fue, según reza la portada, premiada con diploma, medalla de primera clase y mención honorífica en las exposiciones de Guadalajara y Querétaro. La primera edición completa de las dos series en forma de libro apareció entre 1887 y 1888: está ilustrada con láminas cromolitográficas y grabados intercalados en el texto que representan a los personajes y acontecimientos más notables de la historia de México desde el año 1808. Es la única edición de la que hasta hoy se ha hecho reimpresión facsimilar: la que aquí manejamos.¹¹

Los primeros cinco capítulos de la primera serie fueron firmados bajo el seudónimo de Eduardo Ramos. A partir del sexto, “Las Norias de Baján”, apareció la rúbrica de Enrique de Olavarría y Ferrari. Al inicio de este capítulo se reconoce la autoría —hasta entonces velada por el seudónimo— que, al parecer, ya había descubierto la prensa de la época. Según esa declaración, Olavarría había recurrido al seudónimo —común en esos

11 En adelante nos referiremos a los *Episodios históricos* sin indicar el número de volumen de los dos primeros utilizados para este ensayo: la circunstancia de que la paginación de esos dos volúmenes sea consecutiva hace superflua la indicación del volumen a que corresponde cada cita.

tiempos— para dar a la prensa y al público lector toda la libertad para juzgar su obra. En la nota aclaratoria se advierte ese sentimiento, recurrente en don Enrique, de precaución ante el posible rechazo de la obra de un español por el público lector mexicano: especialmente, por tratarse de una versión conciliadora de la guerra de Independencia y de las relaciones entre México y España.¹²

Dada la buena acogida que hasta el momento había tenido la obra entre el público, los editores y el autor decidieron continuar su publicación, que fue acompañada de algunas innovaciones, no demasiado satisfactorias. En efecto, la novela —que, hasta el capítulo cinco, había logrado crear una muy buena trama ficticia de amores, lealtades y enredos, bajo la cual se tejía la historia real— pierde fuerza; los personajes se repiten, atraviesan por situaciones un tanto repetitivas, y los protagonistas brillan a veces por su ausencia.

Pero, principalmente, la novela se convierte paulatinamente en una obra historiográfica: tanto que por momentos no se sabe si se está leyendo a Enrique de Olavarría y Ferrari, a Lucas Alamán o a Carlos María de Bustamante. Algunos pasajes, sobre todo los que narran batallas, se vuelven tediosos, pues son transcripciones casi literales de las historias de esos autores sobre la Independencia¹³ o de la *Gaceta de México*, publicación colonial que también consultó Olavarría.

Además de la información histórica que extrae de Alamán y Bustamante, Olavarría rescata el esfuerzo de interpretación del primero, con el que mantiene importantes coincidencias, así como su estructura cronológica. Del segundo aprovecha determinados pasajes, ricos en rasgos humanos y situaciones que resultaban particularmente adecuados para una historia novelada de la guerra de Independencia. Llama la atención en particular cómo recupera don Enrique a uno de los héroes más controvertidos de Carlos María de Bustamante, el afamado Pípila.

Olavarría y Ferrari, el historiador, inserta continuamente comentarios metodológicos; incluye citas y critica las fuentes que utiliza; señala la imparcialidad que guía su trabajo como condición del quehacer histórico,¹⁴

12 Cfr. Olavarría y Ferrari, Enrique de, *Episodios históricos mexicanos*, p. 538.

13 Nos referimos a la *Historia de Méjico desde los primeros movimientos que prepararon su independencia en el año de 1808 hasta la época presente*, de Lucas Alamán, y al *Cuadro histórico de la revolución mexicana de 1810*, de Carlos María de Bustamante.

14 Constantemente incluye observaciones como la siguiente: “debo en consecuencia limitarme a referir las cosas tal y como fueron, sin quitarles ni añadirles cosa alguna. Por lo tanto nada invento, ni casi en lo que refiero empleo palabras mías, y antes bien las tomo de aquellos que, testigos de los he-

lo cual nos revela el esfuerzo hermenéutico y heurístico que respalda la novela y la tarea de investigación que se llevó a cabo antes de proceder a su redacción. No resulta, pues, desacertado que la clasificación de los escritos del propio Olavarría incluya los *Episodios* bajo el rubro de obras históricas y no en el de novelas, tradiciones y leyendas.

España constituye una de sus preocupaciones constantes. Como señalamos anteriormente, Enrique de Olavarría y Ferrari pasó casi toda su vida en México, se ocupó de los problemas históricos y educativos de este país; pero nunca —su obra lo revela— olvidó a España. Escribió sobre ella desde México y consideró que la comprensión cabal de la historia de México exigía la reflexión constante sobre la de España: de hecho, su historia “novelada” de la guerra de Independencia trata de resolver las diferencias y acercar a los países. No por ello deja de ser crítico con la política española durante la guerra. Como liberal convencido, muestra en los *Episodios* su inclinación favorable al liberalismo español, y critica severamente la vuelta al absolutismo impuesta en 1814 por el rey Fernando VII de quien dice Olavarría que era el “único español que nada había aprendido ni adelantado”.¹⁵ Definitivamente, en los *Episodios* nuestro autor se muestra más historiador que novelista.

2. La trama

Las dos series de los *Episodios* están narradas por Carlos Miguel Arias Páez, hijo de los criollos Benito Arias y María Páez. Carlos Miguel cuenta la historia de la guerra y la de las dificultades que atravesó su familia, sirviéndose de los relatos que sus padres y otros personajes, reales y ficticios, le proporcionaron. Todos ellos vivieron, participaron y padecieron la guerra.

Para 1808, Benito y María tenían veintitrés y diecinueve años respectivamente. Ambos vivían con el hacendado Gabriel de Yermo, hacia quien profesaban profunda lealtad y agradecimiento. María disfrutó de la

chos, los describieron como sabían o podían... Formadas están estas páginas, con lo que tiros y troyanos han dicho en papeles y libros que, con un afán superior a lo fatigoso de la tarea, he rebuscado y leído, dejando a cada uno de los elementos que forman el mosaico de mi obra, su lugar propio, bueno o malo, justo o injusto... sobre la base de los hechos que refiriendo vengo con una imparcialidad que nadie seriamente podrá disputarme”: Olavarría y Ferrari, Enrique de, *Episodios históricos mexicanos*, pp. 1,225 y 1,226.

15 Riva Palacio, Vicente *et al.*, *México a través de los siglos*, t. IV, p. 199.

protección de los Yermo desde los doce años, cuando fue recogida por esta familia al morir su padre, paisano de don Gabriel, con quien había trabajado como mayordomo. Benito, reconocido por todos como hombre honesto, virtuoso y trabajador, era uno de los hombres de confianza del hacendado.

Al divulgarse en la Nueva España las noticias de la prisión del rey y el levantamiento popular del 2 de mayo contra la autoridad francesa impuesta, don Gabriel, previendo los conflictos que se desatarían entre los novohispanos, dio a Benito absoluta libertad para que eligiera el partido que le acomodara seguir. Si era el español, bien; si era el criollo, Yermo no sólo lo respetaría sino que seguiría ofreciéndole su amistad y, en nombre de ella, facilitaría su matrimonio con María, su protegida.

Olavarría plantea así el problema que guía toda su obra: la rivalidad criollo-peninsular y la dificultad para elegir un bando, ya que ni todos los españoles que participaron en la guerra de Independencia fueron villanos, ni todos los criollos se comportaron como héroes. Así, el criollo Benito se decide por la lealtad a su protector, patrón y amigo, que en la novela figura como ejemplo de los buenos peninsulares.

Como consecuencia de una serie de embustes vertidos por el despreciable criollo Miguel Garrido, primo de María y rival en amores de Benito, éste se ve envuelto en una serie de intrigas que lo colocan como líder del partido criollo de la ciudad de México, en aparente traición a la confianza que los Yermo habían depositado en él. Por tales razones Benito se ve forzado a sumarse a las fuerzas insurgentes y a seguir con éstas los caminos de la guerra. Primero por azar y luego por convicción, Benito y María participan en los acontecimientos más significativos de la revolución de Independencia desde la conspiración de Valladolid hasta su consumación: siempre al lado de los más destacados caudillos, nuestros héroes insurgentes.

La historia de la familia Arias Paéz corre paralelamente a la de la guerra. En noviembre de 1809 la pareja recibió el sacramento del matrimonio de manos del mismo cura Miguel Hidalgo; el 16 de septiembre de 1810, Benito se vio imposibilitado para seguir a las fuerzas levantadas por el grito del cura, porque unas horas antes había nacido su hijo Carlos Miguel. Por si fuera poco, en los días previos al levantamiento armado, María —que era devota de Nuestra Señora de Guadalupe— sugirió a Josefina Ortiz de Domínguez y luego a Miguel Hidalgo que colocaran bajo la protección de la Virgen la causa que los unía.

La obra esta llena de personajes reales de la época de quienes se conoce su filiación política y que a Olavarría sirven para mostrar, junto con otros personajes ficticios, las diversas opiniones sobre la guerra. Tal vez la relación mejor desarrollada es la entrañable amistad entre dos de los personajes de la vida cultural más reconocidos en la Nueva España, Joaquín Fernández de Lizardi y el poeta Anastasio Ochoa y Acuña. Ambos criollos, el primero decididamente insurgente, el otro partidario peninsular.¹⁶

3. Teoría general sobre la guerra de Independencia

Para analizar la interpretación de Olavarría y Ferrari sobre la participación indígena en la guerra de Independencia señalaremos en primer lugar la que podemos identificar, en líneas generales, como su interpretación de este hecho. Coincidamos o no con ella, hay que destacar que está respaldada por un trabajo profesional de investigación histórica y, como ya advirtió Justo Sierra, por un esfuerzo de “comprensión” de nuestra historia.¹⁷

Para Olavarría, liberal convencido, la escisión de la Nueva España de su antigua metrópoli fue del todo legítima. Pero las razones principales que la justifican no provienen de los argumentos históricos derivados de la Conquista o del llamado patriotismo criollo; tampoco de las demandas que los americanos —criollos, mestizos, castas o indios— pudieran haber hecho a la metrópoli antes de iniciada la guerra. Los argumentos reales son los emanados del liberalismo español de la primera época, reforzados por el de finales del siglo XIX, que es la perspectiva desde la que Olavarría escribe y observa la guerra insurgente. La Independencia fue legítima porque México, en nombre de los “derechos de toda la nación”, decidió desligarse de su antigua sujeción a España. Lo hizo porque creía bastarse a sí mismo y porque contó con el refrendo de la voluntad popular.¹⁸

Olavarría y Ferrari considera como causas de la revolución de Independencia la insatisfacción generalizada por las contradicciones del pro-

16 Sobre la figura de Fernández de Lizardi y sus puntos de vista acerca del protagonismo indígena en la coyuntura insurgente-independentista, *cf.* Ferrer Muñoz, Manuel y Bono López, María, “El indio ante la independencia en los escritos de El Pensador Mexicano”, ponencia para el *I Congreso Internacional Nueva España y las Antillas* (Castellón de la Plana, 7 a 9 de mayo de 1997), Centro de Investigaciones de América Latina (comp.), *De súbditos del rey a ciudadanos de la nación*, Castelló, Universitat Jaume I, vol. I, pp. 257-272.

17 *Cfr.* prólogo de Álvaro Matute a Olavarría y Ferrari, Enrique de, *Episodios históricos mexicanos*, p. IX.

18 *Cfr.* Olavarría y Ferrari, Enrique de, *Episodios históricos mexicanos*, pp. 1,893 y 1,894.

yecto de gobierno de los Borbones, que limitó y acorraló las aspiraciones de los criollos, e impuso a la colonia mayores cargas económicas: por eso su insistencia en señalar la caducidad del sistema que, con la pluma de Alamán, describe como el que “se hundía por sí mismo; era una momia que, contra la costumbre de las momias, había entrado en descomposición”.¹⁹ Inconvenientes que, sin embargo, permanecían adormecidos y que por sí solos no hubieran derivado hacia un levantamiento armado y radical.

En la búsqueda de las causas esenciales de la revolución de Independencia identifica: la discusión de la soberanía nacional desatada por la acefalia de la monarquía; la mala conducción que tuvieron los gobiernos sustitutos peninsulares —la Suprema Junta Central Gubernativa y el Consejo de Regencia— y las Cortes generales y extraordinarias sobre los espinosos asuntos de la igualdad y de la representación equitativa de ultramar en el Poder Legislativo; la poca capacidad y baja calidad moral del virrey José de Iturrigaray que, por su egoísmo, motivó el golpe de estado de Gabriel de Yermo con el que se privó a la autoridad colonial de toda legitimidad; y, principalmente, el problema que se transformó en el principal agravio y demanda criollos: el acceso a los puestos de gobierno.

La España del antiguo régimen, protagonista también de esta historia, sale bien librada. Dígase lo que se quiera por los declamadores de oficio, observa uno de sus personajes,

el gobierno colonial no fue para estos reinos tan funesto como a cada instante quieren hacerlo aparecer los ignorantes o los necios. Cometiéronse, sí, muy grandes injusticias como desde luego lo fue el desdén y alejamiento de los puestos públicos de alguna importancia, que pesaron sobre los criollos.²⁰

Insistimos: según Olavarría y Ferrari, esta demanda de los criollos, insatisfecha por los liberales españoles, motivó y nutrió toda la revolución de Independencia. En consecuencia, la guerra es interpretada como una lucha de intereses entre españoles europeos y españoles criollos: no como una guerra de razas, sino como el enfrentamiento militar entre esos dos grupos; entre un bando que quería mantener a la Nueva España dependiente de la metrópoli, y otro que buscaba hacer de la Nueva España un reino independiente, pero sin introducir mayores cambios en la estructura socioeconómica.

¹⁹ *Ibidem*, p. 1,227.

²⁰ *Ibidem*, p. 137.

En la interpretación de Olavarría, los criollos se levantaron en armas con la esperanza de acceder a los empleos que les negaba la voracidad de los europeos. Tales fueron, sostiene, los verdaderos contendientes y sus únicos objetivos.²¹ Por tratarse de una guerra entre intereses de los más poderosos —los peninsulares— y de los que les seguían en prestigio y riqueza —los criollos—, que anhelaban alcanzar aquellas alturas de poder que eran privativas de los nacidos en España, el resto de los grupos sociales y sus motivaciones apenas cuenta en la novela.

Poco o nada dice Olavarría de la miseria a que estaba sometida gran parte de la población, de las crisis agrícolas, de la desigualdad, de las rebeliones originadas por la expulsión de los jesuitas o de la inconformidad generada por la consolidación de los vales reales. No existieron para él las rebeliones indígenas ni las conspiraciones anteriores a 1808 que, si bien no fueron definitivas, ni alcanzaron la lucidez política de las promovidas por los liberales, sí nos hablan de insatisfacciones tempranas.²²

Cabe objetar que Olavarría y Ferrari limitara la inconformidad de los criollos a la demanda de empleos. Don Enrique conocía bien, porque la cita, la *Representación* que hicieron los americanos ante las Cortes de Cádiz el 16 de diciembre de 1810: en este documento, como se sabe, las exigencias superaban en mucho la petición anterior. Y tampoco advirtió que la experiencia adquirida por los años de guerra alentó proyectos —como el de la Junta de Zitácuaro o el Congreso de Chilpancingo— cada vez más sólidos y completos, donde se reivindicaba un diseño de nación.

Pese a que Olavarría ve en Morelos, que no era criollo, al caudillo que logró crear un proyecto nacional que proponía la Independencia absoluta y la creación de un gobierno liberal que, de haber contado con un más decidido apoyo de las armas insurgentes, posiblemente hubiera obtenido la victoria, sostiene que las causas que alimentaron la guerra fueron

21 Cfr. *ibidem*, p. 58.

22 Rebeliones que hoy conocemos bien gracias a los trabajos de Castro Gutiérrez, Felipe, *Movimientos populares en Nueva España: Michoacán, 1766-1767*, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, 1990; *Informe sobre las rebeliones populares de 1767 y otros documentos inéditos*, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, 1990; *Nueva ley y nuevo rey. Reformas Borbónicas y rebelión popular en Nueva España*, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, 1996; Mirafuentes Galván, José Luis, *Movimientos de resistencia y rebeliones indígenas en el norte de México, 1680-1821. Guía documental*, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, 1989; Van Young, Eric, *La crisis del orden colonial: estructura agraria y rebeliones populares en la Nueva España, 1750-1821*, México, Patria, 1992, y Lara Cisneros, Gerardo, *Resistencia y rebelión en la Sierra Gorda durante el siglo XVIII: el Cristo Viejo de Xichú*, tesis de licenciatura, México, UNAM, 1995.

las mismas de principio a fin: el acceso de los criollos a los puestos del gobierno colonial.

Finalmente hay que destacar que, en opinión de Olavarría y Ferrari, la guerra concluyó de manera contradictoria: tanto que ella misma constituyó el origen de los posteriores levantamientos. La guerra —especialmente, los intentos de alcance social y político acaudillados por Miguel Hidalgo y José María Morelos— se perdió por la debilidad, la desunión y la falta de coherencia interna de los insurgentes, y no por la habilidad y supremacía militar de los realistas. Se entiende así un comentario de Olavarría acerca del segundo de los héroes citados: “nuestro don José María Morelos, en fin, pudo haber hecho por sí sólo nuestra independencia, y si no lo hizo, fue porque los demás insurgentes no se la dejaron hacer”.²³ En palabras de Ortega y Gasset, el autor de los *Episodios* atribuyó “el mal éxito [de la revolución] no... a la intriga de los enemigos, sino a la contradicción misma de los propósitos”.²⁴

4. *Los indios en la Independencia según los Episodios históricos mexicanos*

De todo lo dicho hasta aquí acerca de los puntos de vista del autor sobre los indios de finales del siglo XIX y de su análisis general de la revolución de Independencia, se desprende el juicio nada favorable que emite Olavarría sobre la implicación de ese sector de la sociedad en el conflicto bélico. A través de los personajes reales y ficticios de su novela histórica, don Enrique aborda el problema de la participación indígena en la guerra desde los dos planteamientos iniciales de que debe partir toda reflexión seria sobre el tema: uno, teórico, en el que evalúa el pasado indígena como argumento histórico legitimador de la aspiración a la Independencia; el otro, práctico, en el que expone los motivos por los que los indios se sumaron a la guerra, las características de su participación y la influencia que tuvieron en su desarrollo y consumación.

5. *Los indios: ¿fundamento histórico de la guerra?*

Enrique de Olavarría y Ferrari desecha como falsa la tesis que sostiene como argumento legitimador de la Independencia el que ésta se hubie-

23 Olavarría y Ferrari, Enrique de, *Episodios históricos mexicanos*, p. 1,227.

24 Ortega y Gasset, José, “El ocaso de las Revoluciones”, *El tema de nuestro tiempo*, Buenos Aires, Espasa-Calpe, 1941, p. 117.

ra realizado para reponer a los indios en unos derechos de los que habían sido desposeídos por los españoles desde el 13 de agosto de 1521, cuando Hernán Cortés sometió México Tenochtitlan. Para él, la guerra de Independencia no fue una guerra entre razas. Los indios no la promovieron, ni su pasado fue el argumento que amparó a los insurgentes. Así, uno de los personajes de los *Episodios* —Carlos Miguel— cuenta cómo su padre, Benito Arias, solía expresarse con ira contra los que habían elaborado la teoría de la reivindicación de los derechos indígenas: esta versión era del todo falsa, pues los criollos sabían muy bien que no podían aducir más derechos sobre esta tierra que los dimanados de la misma Conquista.²⁵ Los criollos, únicos y verdaderos insurgentes, jamás pensaron que podían fundar su lucha en los derechos de la raza sojuzgada por Hernán Cortés. Mintieron a sabiendas quienes tales cosas habían afirmado.²⁶

La Independencia no se hizo para reponer en el trono del Imperio azteca a los descendientes en línea más o menos directa de Moctezuma y Cuauhtémoc. Según Olavarría, su civilización, costumbres y tradiciones habían caído con ellos para no volver a levantarse. La Independencia fue obra de los criollos, y no se realizó en nombre de una raza con la que compartían menos sangre que con los españoles: los criollos se sentían y eran tan españoles como los peninsulares, pues sólo por casualidad habían nacido en México.²⁷ Los personajes criollos de la novela de Olavarría y Ferrari, sin embargo, reconocen la presencia indígena en la guerra; aceptan que, con su auxilio, empezaron la lucha y aseguran que nunca dejarían de hacer honor a los que en ella se destacaron: pero “nunca jamás se nos ocurrió sacrificar a su raza, la preponderancia de la nueva raza criolla, creada y educada según las costumbres, usos y civilización que los españoles implantaron aquí”.²⁸

Queda patente que Olavarría y Ferrari no concede ningún crédito al pasado indígena como argumento histórico de la guerra, por lo que niega a los indios cualquier sitio en el pasado, el presente y el futuro del país. “Vuelvo a decirlo, y nunca de decirlo me cansaré, fuimos los criollos y no los indios los que concebimos y procuramos la independencia; y los descendientes de aquellos criollos son y serán los que en nuestro país continúen preponderando”.²⁹ Los criollos fueron los únicos capaces de con-

25 Cfr. Olavarría y Ferrari, Enrique de, *Episodios históricos mexicanos*, p. 36.

26 Cfr. *ibidem*, p. 35.

27 Cfr. *ibidem*, p. 1,893.

28 *Ibidem*, p. 1,894.

29 *Idem*.

quistar la Independencia y serían, los mestizos, sus descendientes, los únicos preparados para dirigir al país.

6. *Los indios, soldados insurgentes*³⁰

Los indios son personajes principales en los capítulos que narran la primera fase de la guerra. Ello se debe obviamente a la participación real que tuvieron como base de las huestes de Hidalgo, y explica que compartan protagonismo en el principio de la novela con españoles y criollos. Los mestizos y las castas aparecen algo después, cuando Morelos releva a Hidalgo en la dirección del movimiento: a partir de entonces, los indígenas desaparecen paulatinamente del relato.

En los *Episodios históricos* la participación de los indios como soldados de la insurgencia es calificada en general como desastrosa para el movimiento. Sin embargo, el autor considera que su presencia fue indispensable: sin ellos Miguel Hidalgo habría sido derrotado tal vez antes, o la lucha no habría prendido en todo el territorio. Por esas razones, piensa Olavarría, los criollos no sólo permitieron que se sumaran a sus fuerzas, sino que lo fomentaron.

Por ejemplo, cuando Benito Arias, ya en Valladolid, es invitado por el fraile franciscano Vicente de Santa María a sumarse a la conspiración dirigida por José María Obeso y José Mariano Michelena, le informan del plan y de las fuerzas con que contaban; le comunican que disponían de los indios de los pueblos inmediatos a Valladolid, y le aseguran que, en cuanto comenzara el movimiento, Michelena pasaría a la provincia de Guanajuato para levantar a los indios con la promesa de dispensarles del pago de todo tributo.³¹

Cuando Benito y María conocen a Hidalgo, y ella sugiere como Virgen de la causa insurgente a Nuestra Señora de Guadalupe, el cura, tras pensarlo con detenimiento, se decide por la propuesta de María, pues siendo la guadalupana una advocación mariana relacionada estrechamente con los indios, podía colaborar a levantarlos en favor de la causa criolla. Miguel Hidalgo le dice a Benito: “una imagen de la virgen de Guadalupe pudiera ser un verdadero lábaro para el ejército insurgente... Invocar

30 Cfr. Ferrer Muñoz, Manuel, “Las comunidades indígenas de la Nueva España y el movimiento insurgente (1810-1817)”, *Anuario de Estudios Americanos*, Sevilla, t. LVI-2, julio-diciembre de 1999, pp. 513-538.

31 Cfr. Olavarría y Ferrari, Enrique de, *Episodios históricos mexicanos*, p. 158.

la libertad en nombre de la virgen de Guadalupe, equivaldría a nacionalizar la lucha y a contar con la totalidad de los indios”.³²

Así, pues, fueron los mismos criollos los que, empujados por la necesidad, involucraron como base de sus ejércitos —y solamente como eso— a los indígenas:

las huestes de Hidalgo habíanse considerablemente aumentado al paso por las haciendas y lugares de tránsito, ofreciendo el más extraño y singular conjunto: la infantería formábanla los indios armados de palos, flechas, hondas, lanzas y fusiles, y dividíanse en cuadrillas o pueblos al mando de sus propios capataces.³³

El grueso del ejército, dice Olavarría, quedó formado de esa manera por las masas de indios, con sus hijos y mujeres en revuelta confusión.³⁴

Los reclamos que Olavarría dirige a los indígenas por su actuación durante la crisis bélica insurgente son de diversos tipos: uno de ellos, fácilmente identificable, es el que denuncia la falta de motivaciones ideológicas en su levantamiento. Según el autor, los grupos indígenas se alzaron en armas contra las autoridades coloniales porque la guerra les deparaba una extraordinaria oportunidad para robar, cometer todo tipo de excesos y vengar los agravios padecidos por siglos de tutelaje colonial. Para ilustrar lo anterior, señalamos algunos pasajes de los *Episodios* que Olavarría tomó casi literalmente de Lucas Alamán.

Cuando los insurgentes tomaron la ciudad de Valladolid, los indios, alcoholizados, intentaron linchar al español que, según ellos, había envenenado la bebida y comida y provocado así la muerte de varios de sus compañeros. Ignacio Allende les demostró que el fallecimiento de aquellos no se debía a ningún veneno, pues él mismo había comido y bebido lo mismo, sino a los excesos que habían cometido, emborrachándose y empachándose. Narra Benito:

así se lo explicó Allende, censurando con energía los excesos de la indiada, recomendándole la moderación y el orden; pero aquella masa burda e ignorante, lejos de aceptar las explicaciones del caudillo, apoderándose del dueño del aguardiente que suponían envenenado, quiso despedazarle con encono feroz.³⁵

32 *Ibidem*, pp. 191 y 192.

33 *Ibidem*, p. 233.

34 *Cfr. ibidem*, p. 235.

35 *Ibidem*, p. 308.

Era tal la mala fama que habían adquirido los indios del cura Hidalgo que, cuando se aproximaban a la ciudad de Guanajuato, la plebe de la ciudad, que también esperaba apropiarse de las riquezas del Ayuntamiento y de los vecinos resguardadas en la alhóndiga, planeó adelantarse al saqueo de los indígenas, pues, según se decía, “los indios de Hidalgo arrebatan con todo”.³⁶ El mismo caudillo insurgente, cuenta el narrador, reconoció ante Allende después de la gran matanza de Guanajuato que “nuestros indios se han cegado y mueren, no por la victoria, sino por la venganza”.³⁷ Más adelante añadiría: “yo no quiero que desacrediten nuestra causa con tales actos de desenfrenado bandidaje... Sé que la indiada ha convertido sus tilmas en sacos para llevarse el fruto de sus rapiñas”.³⁸

Olavarría, recordando la Revolución francesa, admite que la violencia es inevitable en todo movimiento de esta naturaleza: incluso resulta útil, cuando los objetivos son benéficos. Pero las brutalidades llevadas a cabo por las tropas indígenas de Hidalgo no encuentran ninguna justificación porque, saturadas de odios y resentimientos, carecían de todo contenido superior. Lo ejemplifica muy bien lo ocurrido en Guadalajara, cuando el ejército insurgente iba en retirada:

el degüello de los españoles habíase, por así decirlo, regularizado, y todas las noches eran conducidos a las barracas de San Martín cuarenta o cincuenta desgraciados, que eran muertos a lanzadas o degollados por los indios, que antes los obligaban a desnudarse para aprovechar mejor sus ropas. Estas atroces ejecuciones se llevaban a cabo en el silencio de la noche y en parajes solitarios.³⁹

Desde una perspectiva estrictamente militar, también encuentra censurable Olavarría y Ferrari la actuación de las tropas indígenas. En su opinión, la carencia de objetivos delimitados y la falta de compromiso con la causa insurgente no podían sino condenar al desorden y la ineficiencia las acciones de los soldados indígenas en los campos de batalla. Por eso, los indios fueron la causa fundamental del fracaso militar en la primera fase del movimiento insurgente, que no logró sobreponerse a la inexperiencia, el desorden y el total desconocimiento de la disciplina y estrategias militares: se explican así los triunfos alcanzados por los ejérci-

36 *Ibidem*, p. 279.

37 *Ibidem*, p. 289.

38 *Ibidem*, p. 363.

39 *Ibidem*, pp. 519 y 520.

tos realistas dirigidos por el coronel Torcuato Trujillo en el Monte de las Cruces, y por el brigadier Félix María Calleja del Rey en Aculco y Puente de Calderón.

La presencia de indígenas en el bando insurgente contribuyó a desprestigiar el movimiento y fue, además, el origen de las diferencias entre sus dirigentes. Baste mencionar, a título de ejemplo, que en Aculco, cuando Hidalgo y Allende discutían sobre la presencia de los indios, Aldama les dijo que la opinión de los pueblos cercanos estaba con ellos, pero que los abusos y crímenes de algunas partidas insurgentes comprometían el resultado de sus triunfos. Allende propuso reprimir tales excesos, disciplinando y castigando a la indiada.⁴⁰ Hidalgo, por su parte, planteó que “es menester prudencia: que no tenemos otras armas que el ejército que nos sigue, y si empezamos a castigar, al necesitarlas no las hallaremos”.⁴¹

Y no sólo eso. Olavarría narra cómo, en las ocasiones en que los caudillos insurgentes intentaron impedir el saqueo y la violencia, los indios amenazaron con amotinarse, y llegaron incluso a denunciar a sus jefes al enemigo. Sin botín, la guerra perdía interés para ellos:⁴²

con tal motivo, la indiada ha gritado que nosotros queremos apoderarnos de todo el oro de la Nueva España y que si un solo peso entra en las cajas de la tesorería del ejército y no se les dejan a ellos todos los de la capital, se apoderarán de nosotros, nos cortarán las cabezas y las entregarán por diez mil pesos que el virrey ha ofrecido por ellas.⁴³

Por todas estas razones la participación indígena, si bien permitió dar continuidad a la revuelta, acarreó el desprestigio de la causa insurgente, promovió diferencias serias entre los caudillos y constituyó el motivo principal de su derrota militar, sobre todo en la etapa de caudillaje del cura de Dolores, rica en episodios que muestran a los indios como captivos, verdugos o denunciadores de los insurgentes: unas acusaciones que encuentran respaldo en los estudios realizados por escritores contemporáneos y que, a fin de cuentas, vienen a demostrar simplemente que no hubo unanimidad y sí diferencias de opinión en el interior de los pueblos:

40 Cfr. Ferrer Muñoz, Manuel y Bono López, María, *Pueblos indígenas y Estado nacional en México en el siglo XIX*, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Jurídicas, 1998, pp. 211-213.

41 Olavarría y Ferrari, Enrique de, *Episodios históricos mexicanos*, p. 366.

42 Cfr. *ibidem*, p. 235.

43 *Ibidem*, p. 364.

se explica así que hubiera bastantes que lucharon abiertamente en defensa de los derechos esgrimidos por España.

Por ejemplo, cuando los insurgentes fueron aprehendidos por las tropas de Elizondo en las norias de Baján, cuenta Olavarría que “distinguiéronse en ese procedimiento los indios comanches que venían mezclados con las tropas de Elizondo, las que después de hacer el despojo de la ropa asesinaban a los prisioneros”.⁴⁴ Tampoco deja de mencionar Olavarría y Ferrari la traición de los indios de Temazcala al cura de Nocupétaro, decidido partidario de la insurgencia; ni omite la narración de lo que sucedió a los restos del ejército de Morelos cuando se batían en retirada mientras trataban de dispensar protección a los vocales del Congreso de Chilpancingo: cuando intentaron cruzar el río Mezcala, fueron vendidos por sus emisarios al ejército realista, en el que militaba con grado de capitán un indígena que fue aprehendido y fusilado por los hombres de Morelos.⁴⁵ Al día siguiente, 3 de noviembre de 1815, ya en Temazcala,

el descanso era indispensable; por esto lo concedió el señor Morelos, pero ese descanso fue nuestra pérdida, pues un indio tenanguense nos denunció al teniente coronel D. Manuel de la Concha, quien a marchas forzadas se dirigió a Tenango, cuyas casas encontró ardiendo todavía: los mismos indios a quienes habíamos hecho el perjuicio de incendiarles sus jacales, guiaron a los realistas por el paso del vado, y a las nueve de la mañana del domingo cinco de noviembre, distinguimos desde la cumbre del cerro que se halla entre Temazcala y Coesala adonde nos dirigáramos, la vanguardia de la división de Concha.⁴⁶

Como indicamos ya, los indios se esfuman prácticamente del relato literario e histórico cuando la insurgencia empieza a ser acaudillada por Morelos, y los personajes ficticios del relato de Olavarría pasan a ser desde entonces mestizos o mulatos; o incluso pertenecen a la raza negra, como el capitán Centella, un brujo cubano. Con la desaparición de los indígenas se pone término al crimen, el desorden y el resentimiento, y la guerra adquiere principios y métodos justos y legítimos. En palabras de Benito, la transformación del ejército insurgente operada durante el mando de Morelos se dio por que,

44 *Ibidem*, p. 660. Cfr. Ferrer Muñoz, Manuel y Bono López, María, *Pueblos indígenas y Estado nacional en México en el siglo XIX*, p. 205.

45 Cfr. Olavarría y Ferrari, Enrique de, *Episodios históricos mexicanos*, p. 1,540.

46 *Idem*.

honrado en su proceder, cuantos con él militan, honrados también tienen que ser, pues de otro modo los trata como a enemigos... Su ejército es una familia ordenada y moral: no sólo no se roba aquí, sino que nadie piensa en robar: no he vuelto a oír ni una sola voz de venganza, de odio cruel, de asesinato infame: aquí sólo se grita ¡guerra! ¡guerra! pero guerra como la que hacen los valientes. Tampoco he vuelto a ver la chusma del primer ejército: con el señor Morelos no milita aquello que D. Miguel llamaba la ínfima canalla que acabó por perderle: estas tropas no se componen más que de la gente que puede armarse y es capaz de comprender y someterse a la disciplina.⁴⁷

Las tropas de Morelos, cuenta Carlos Miguel, estaban formadas en su mayor parte por la población meridional de la Nueva España en la que menudeaban los mestizos y mulatos—, “gente nacida para la tierra posteriormente a la conquista de México por los españoles: allí no había indios que tuvieran odios de raza que satisfacer”.⁴⁸ Con la disolución del ejército insurgente en las norias de Baján “han concluido, para no volverse a levantar, lo espero, aquellas muchedumbres independientes que sólo lograron desacreditar la nobleza y justicia de nuestra causa y convertir en atroz martirio para [Hidalgo]”.⁴⁹ Poco después, tras la captura y fusilamiento de José María Morelos, los indios como grupo desaparecen del relato, y sólo ocasionalmente intervienen en acciones secundarias demandadas por la trama literaria.

V. ALGO MÁS SOBRE LOS INDIOS DURANTE LA GUERRA DE INDEPENDENCIA

1. *Criollos e indios, héroes y villanos*

La trama literaria de los *Episodios* permite apreciar con claridad la pobreza moral que Olavarría y Ferrari atribuye a los indios. Sus héroes—Benito y María—, ambos criollos, espejos de virtudes, de patriotismo y de “ilustración” resultan varias veces víctimas de los excesos cometidos por indígenas. La tensión más extrema se registra cuando dos indios, Tata Ignacio y Ulloa, famosos en Valladolid por su crueldad, intentaron satis-

47 *Ibidem*, pp. 773 y 774.

48 *Ibidem*, p. 780.

49 *Ibidem*, p. 813.

facer sus “lúbricos” deseos en Mercedes, la prima de Benito. María, que trató de defender a la víctima, recibió una puñalada de Tata Ignacio: la dramática experiencia persuadió a María de que debía exigir a Benito que abandonara la causa insurgente, pues se hallaba convencida de que los indios tenían el control del movimiento; incluso pronosticó que el mismo Hidalgo sucumbiría a su preponderancia. La conversación entre María y Benito en que se expresan esas convicciones fue escuchada por los indios, que juraron vengarse de ambos. Tata Ignacio prometió acabar con la vida de Benito: “¡yo me encargo de dejar esta noche al tal Benito más seco que un bacalao!”.⁵⁰ Para fortuna de los héroes del relato, estos planes no llegaron a concretarse, porque sus autores murieron antes de que pudieran llevarlos a cabo.

Resulta muy significativa la explicación que Olavarría pone en boca de esos indios asesinos, confiados en que nada habían de temer del caudillo insurgente: “si quiere, pues, tener gente para seguir haciendo su papel de generalísimo, tiene que aceptarnos a nosotros tales como somos, y aguantar y tragar camote... Que no lo haga así y le corto la cabeza”.⁵¹

En descargo de don Enrique hay que añadir que varios de los villanos de la novela pertenecen también a los grupos peninsular y criollo. El más despreciable de los primeros posiblemente sea el soberbio virrey José de Iturrigaray, quien arrastrado por la ambición traicionó a los peninsulares y sentó las condiciones para el golpe de estado. Entre los criollos, el de peor catadura moral es sin duda Miguel Garrido, causante de las desgracias por las que atravesaron Benito y María.

2. *Los indios y el régimen constitucional de Cádiz*

En el capítulo titulado “La Constitución del año doce”, Olavarría y Ferrari relata los cambios que el sistema constitucional introdujo en la Nueva España. Aunque no lleva a cabo un análisis detallado del proceso de convocatoria y reunión de las Cortes, cuestión importantísima para los americanos, sí resalta que una vez instaladas se atribuyeron facultades soberanas; describe la formación de los partidos liberal y servil, y enfatiza la independencia con que actuaron los americanos y su valiente defensa de la igualdad de representación ultramarina.

⁵⁰ *Ibidem*, p. 384.

⁵¹ *Ibidem*, p. 84.

En cuanto a la aplicación del régimen constitucional en el Virreinato, se limita a relatar los sucesos más significativos: la elección del Ayuntamiento constitucional de la ciudad de México y los problemas surgidos por la libertad de prensa. Y sobre los cambios que la Constitución gaditana impuso a las comunidades indígenas, Olavarría coincide con Lucas Alamán en señalar las desventajas que se siguieron para la población aborigen:

la Constitución ha perjudicado a los indios, pues en cambio del derecho de votar que se les ha concedido, se les obliga al servicio militar de que estaban exentos, al pago de contribuciones generales y particulares, se les priva del régimen peculiar de parcialidades y repúblicas, se extinguen sus cajas de comunidad, y en vez de sus justicias especiales se les somete a su jurisdicción ordinaria; en una palabra, cesan para ellos las Leyes de Indias y se quiere gobernarlos como al resto de los españoles.⁵²

VI. CONSIDERACIONES FINALES

La primera novela histórica que narra la guerra de Independencia en México a través de episodios puede ser considerada, sin duda, como una obra historiográfica. Las fuentes consultadas, la crítica y el esfuerzo de comprensión de este período de la historia de México revelan más a un cuidadoso historiador que a un novelista.

Ciertamente, los indios no ocuparon el principal protagonismo de esa historia. Sin embargo, Olavarría y Ferrari alcanzó a comprender que el papel desempeñado por los indígenas durante la guerra de Independencia ejerció un influjo preponderante sobre la imagen que se forjaron amplios sectores de la sociedad mexicana del siglo XIX sobre la población aborigen. Y no hace falta enfatizar la difusión que alcanzaron los puntos de vista de Olavarría que, como novelista, encontró más lectores de los que hubiera logrado atraer con una obra de naturaleza histórica.

Lo escrito por Enrique de Olavarría y Ferrari no permite valoraciones positivas sobre la participación de los indios en la guerra de Independencia. El historiador-novelistas español, como tantos otros autores —antes y después que él—, relegó a un segundo plano la aportación de los indígenas durante la crisis insurgente, por más que muchos de ellos protagonizaran batallas, prestaran servicios de espionaje en favor de la causa, fueran

⁵² *Ibidem*, p. 1,231.

aprehendidos o fusilados por los realistas o murieran con las armas en la mano.⁵³

La censura de los indios insurgentes y la negación del pasado indígena como fundamento histórico de la guerra encuentran, pese a todo, una razón de ser en el relato. Para Enrique de Olavarría y Ferrari, el nacionalismo mexicano no debía fundamentarse en la resurrección del pasado indígena, como propusieron Carlos María de Bustamante o fray Servando Teresa de Mier,⁵⁴ sino en la reconciliación con el pasado español. Éste constituía el verdadero origen del México moderno. Reconocerlo sería, a juicio del autor, el principal acierto; fomentar la rivalidad entre indígenas y españoles, la mayor torpeza.

53 Cfr. Ferrer Muñoz, Manuel y Bono López, María, *Pueblos indígenas y Estado nacional en México en el siglo XIX*, p. 218.

54 Cfr. *ibidem*, pp. 220-233.